

–Había otros que escribían literatura fantástica y, sin embargo, no provocaban ese rechazo. No sé, generalmente, es una cuestión personal. No les simpatizaba.

–*Y con Onetti, que compartieron el mismo territorio del exilio, ¿cómo ha sido su relación?*

–Con Onetti tuve una muy buena amistad, lo veía a menudo. En Madrid, vivíamos bastante cerca uno del otro, pero él no salía jamás. Me decía, vení vos aquí y yo iba a verlo. Tuve mejor relación en el exilio que cuando los dos estábamos en el Uruguay. No es que allá fuera mala, sino que nos veíamos mucho menos.

–*En Crítica cómplice usted habla no sólo de los uruguayos Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti, sino también de Eduardo Galeano, Idea Vilariño y Cristina Peri Rossi. ¿Sigue gozando de buena salud la literatura de su país?*

–Creo que sí, aunque hay algunos que están más saludables que otros, cosa que siempre ha pasado. De los anteriores, de los de mi generación, van quedando pocos. Rodríguez Monegal murió.

–*También Ángel Rama, que fue un crítico destacado, falleció en el exilio, en un accidente aéreo.*

–Cierto... y Carlos Martínez Moreno, que era un excelente narrador, fue otro que murió en el exilio. O sea que vamos quedando pocos de esa generación, pero después vino la siguiente, con la que tuvimos bastante afinidad, que es la generación de Galeano, de Cristina Peri Rossi, de Silvia Lago, de Mario Delgado Aparain, que acaba de publicar una novela titulada *Alivio de luto*, aunque Mario es más joven que estos otros.

–*¿No se han detectado conflictos generacionales?*

–En general, no ha habido una guerra entre la generación del 45 y los que acabo de mencionarle, más bien otros, más jóvenes, sí han escrito contra la generación del 45. Pero eso pasa, nosotros también escribimos contra la generación del Centenario. Esas son las distancias que se van creando de generación en generación. Luego, el tiempo las va atenuando o modificando. Quiroga también tuvo sus enemigos y hoy está considerado el gran clásico de la narrativa uruguaya.

–En *Buzón de tiempo*, su último libro de relatos, me llamó la atención un cuento, «El diecinueve», donde a un tal capitán Farías se le presenta un fantasma del pasado. La historia apela a una realidad reciente, al genocidio que llevaron a cabo las dictaduras en el Cono Sur. ¿Se refiere a la dictadura argentina o a la uruguaya?

–Puede ser la dictadura uruguaya como la argentina, da lo mismo, pero tal vez esté más cerca de la argentina, porque en el cuento se habla de que tiraban al mar a los presos y eso pasó más en la Argentina.

–En otro relato, «Más o menos hipócritas», aparece un escritor, Sergio Govoni, que ha dejado de escribir. ¿Esto nunca le pasó a usted, verdad?

–A mí, evidentemente, no me ha ocurrido una cosa así, pero le ha ocurrido a muchos escritores. Por ejemplo, al poeta argentino Enrique Banchs, al mexicano Juan Rulfo, excelentes creadores que un día dejaron de escribir. Ese hecho que yo narro es perfectamente verosímil. En realidad, ese relato fue el primer capítulo de una novela colectiva que escribimos entre once autores uruguayos, *La muerte hace buena letra*, que salió publicada en Montevideo en 1993. Como el capítulo tiene un valor independiente, después de hablarlo con los otros escritores y con el editor y conseguir su autorización, lo agregué en *Buzón de tiempo*. Cada uno de los autores participantes en la creación de la novela hacía dos capítulos, pero el otro capítulo mío ya era imposible de publicar independientemente, porque estaba muy relacionado con lo que habían aportado los otros narradores.

–Escribir una obra colectiva ha sido el sueño de muchas generaciones de escritores en distintos países, proyecto que, más de las veces, resultó un fracaso.

–No, hay una muy buena novela colectiva que escribió un conjunto de escritores ingleses y se llamó *El almirante flotante*, que fue publicada también en español.

–En *Crítica cómplice*, uno de sus artículos se titula «Vallejo y Neruda: dos modos de influir». ¿En general, o es que lo han influido a usted?

–Creo que en general. Los dos influyen, además son dos poetas muy importantes, pero influyen de distinta manera. Neruda, más bien, da nacimiento a epígonos, mientras que Vallejo produce discípulos. Neruda es un

poeta de un empuje verbal tan tremendo que es muy difícil tener influencia de él. En cambio, Vallejo es un poeta muy creativo y que estimula mucho a seguir ciertos caminos, pero no como epígono, como imitador. Vallejo, simplemente, abre caminos. Creo que son dos mundos que hay en América Latina de la poesía. Yo, modestamente, me inscribo en el de Vallejo, sin perjuicio de reconocer que Neruda es un gran poeta; a Neruda lo conocí personalmente, a Vallejo no.

—*¿Qué otros ángeles tutelares tiene?*

—Uno es César Vallejo, desde luego, y el otro es Antonio Machado. Creo que ahí estamos bien.

—*¿Sólo dos?*

—Tengo más, por supuesto, pero no es cuestión de hacer una lista. También Chejov fue un escritor importante para mí.

—*Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas, han viajado mucho. ¿Qué representa para usted el viaje?*

—Actualmente, un gran cansancio. Cuando era joven siempre estaba loco por viajar, pero ahora, a mis casi 80 años, un viaje es una complicación, un agobio: las aduanas, las llegadas, el equipaje. A mí me cansa mucho. Estoy tratando, en lo posible, de viajar menos.

—*Desde hace un tiempo usted vive seis meses en España y seis meses en el Uruguay, ¿verdad?*

—Sí, es lo que hago, eso todavía lo aguanto bien. Lo que pasa es que en España tengo mucha actividad, muchos amigos. En España estoy casi como en mi casa. Siempre me convocan de editoriales, de universidades. He trabajado más con universidades españolas que con la universidad uruguaya. En la universidad uruguaya había ganado por concurso el cargo de director del departamento de literatura hispanoamericana, pero estuve muy poquito, un año y pico, porque vino el golpe; los militares entraron en la universidad y me tuve que ir corriendo. En cambio, con algunas universidades españolas, sobre todo con la de Alicante, con la de Valladolid, con la Complutense, he trabajado mucho. A mí me gusta trabajar en la universidad. Dar clases, no, pero sí dirigir seminarios. En la Complutense de

Madrid, durante tres años consecutivos, dirigí unos cursos de poesía latinoamericana que me daban bastante trabajo. Además, traíamos a los poetas. Generalmente, los seminarios se hacía en El Escorial y, algún año, en Almería. Cada poeta llevaba tres días. El primer día yo hacía una presentación, leía un ensayo sobre el poeta; en el segundo, el poeta leía sus poemas, y en el tercero, los asistentes entablaban un diálogo con los poetas. Fue algo muy interesante, pero al final me cansé y lo dejé. Cada año venían como diez poetas y yo tenía que estudiar bien a esos poetas para hablar de ellos.

*–Usted ha escrito poesía, narrativa y ensayo. ¿Cuál de estos géneros prefiere?*

–Para mí el género prioritario es la poesía. Escribo en otros, pero siempre voy intercalando poesía. Escribo, por ejemplo, una novela y un libro de poemas; un libro de cuentos y otro de poesía. Es decir, que el género más constante en mi producción es la poesía. Ahora acabo de publicar *Buzón de tiempo*, que es de relatos, pero enseguida salió *Rincón de haikus*, que es de poemas.

*–Es llamativo que siendo tan difícil publicar poesía y también cuentos (parece que las editoriales y los lectores prefieren la novela), sus libros, en estos dos géneros aparentemente minoritarios, hayan alcanzado tantas ediciones.*

–El éxito siempre resulta un misterio y no es ninguna garantía de gran calidad. Hay autores de enorme éxito que no son buenos escritores y otros que son magníficos y de los que nadie se ocupa. En mi caso, no estoy bien seguro. Yo creo que en estos últimos diez o quince años los que han sostenido la difusión de mis libros han sido los jóvenes. Por ejemplo, doy un recital de poemas y los dos tercios del público son jóvenes. Para mí es muy estimulante. Que un viejo de casi 80 años mantenga ese vínculo con los jóvenes me deja muy contento.

*–Cortázar dijo una vez que él había escrito Rayuela pensando en la gente de su generación, pero fueron los jóvenes los que más se entusiasmaron con esta novela. Algo así debe de ser sorprendente para un escritor.*

–Tengo una novela en verso, que es un bicho raro dentro de la literatura, *El cumpleaños de Juan Ángel*. Bueno, yo pensé que era un libro que no iba a tener lectores, ni jóvenes ni viejos, y, sin embargo, creo que anda por las